

asiento, saludando con su gorra en dirección de la orilla, y :

— ¡ Eh ! ¡ Margarita... eh !... exclamó, dirigiéndose á una hermosa joven de diez y nueve á veinte años, que estaba de pie á la puerta de su casa : prepara la mejor habitación que haya en la casa, y una buena cena, que te traigo muy buenos parroquianos. Y luego dirigiéndose á mí :

— Idos delante, añadió, y esperadme en vuestra habitación : cuando los chicos se vayan á los diques yo subiré, y allí tranquilos, fumando nuestra pipa y mientras echamos un trago de lo tinto, os lo contaré todo.

Contestéle con un signo de aprobación, al cual me respondió él con otro de inteligencia, y después de saltar en tierra ayudados por Simón y Judas, nos encaminamos hacia la posada del *Buen hombre Trópico*, á cuya puerta nos esperaba con la sonrisa en los labios nuestra linda posadera.

XIV

Los matrimonios del tío Alifafes

TRIBULACIONES CONYUGALES

Como dije en el capítulo anterior, fuimos perfectamente recibidos por nuestra hermosa posadera Margarita, la cual nos condujo á un cuarto con dos camas, preguntándonos si queríamos que se nos sirviese la comida en nuestro cuarto, ó si preferíamos bajar al comedor.

Bien hubiéramos querido nosotros bajar al comedor,

aun cuando no fuese más que por ver la variedad de personas y el aspecto original que probablemente ofrecería la mesa ; pero la esperanza de que el tío Alifafes nos contara sus aventuras, nos hizo optar por nuestro cuarto ; en seguida, y como Margarita nos preguntase qué queríamos tomar, le declaramos que lo que ella quisiera.

Por supuesto que todas estas preguntas y respuestas tenían lugar por señas ; pero estas señas, que tan ridículas son entre hombres que no se entienden y que se impacientan, son, sin embargo, un lenguaje mudo bastante agradable cuando la conversación se entabla con una muchacha bonita, que acompaña sus movimientos de una hechicera sonrisa : de suerte que, aunque no pronunciamos ninguno una sola palabra, sin embargo, á los diez minutos nos habíamos comprendido perfectamente.

No se había engañado el tío Alifafes en sus pronósticos, pues el viento continuaba soplando cada vez con más fuerza, y aunque no ofrecía cuidado su violencia, no obstante era preciso vigilar los diques.

Desde la ventana de nuestra habitación vimos á tres de sus hijos dirigirse hacia la costa, mientras los dos gemelos, Simón y Judas, entraban en una casa en donde luego supimos hacían el amor á dos hermanas.

Mientras nosotros habíamos estado distraídos mirando por la ventana y siguiendo con los ojos las primeras sombras de la noche que iban cubriendo ya el horizonte, habíanos servido la cena, que se componía de un plato de carne cocida, otro de salmón asado, y otro de huevos duros humeando todavía ; elevándose en medio de aquella exposición de productos nacionales, como una torre vacilante al más pequeño empuje, una botella de vino de Burdeos.

Pusimosnos, pues, á la mesa con un apetito propio de navegantes ; todo era excelente, el vino y los comestibles : además, la cena no era para nosotros más que un

accesorio, puesto que lo que esperábamos con la mayor impaciencia era al tío Alifafes.

Cuando llegamos á los postres oímos pasos furtivos y pesados á la vez en dirección de la escalera; efectivamente, á los pocos instantes se abrió la puerta y apareció en ella el tío Alifafes trayendo una botella en cada mano, otra en el brazo y su gran pipa en la boca.

— Ya me tenéis aquí, dijo riéndose por lo bajo al entrar ¡ silencio !

— Y no mal acompañado á lo que veo, le respondí.

— ¡ Toma ! no veis que dije para mí : son dos franceses, no beberán mal ; conque agarré una botella de lo tinto, otra de ron y otra de aguardiente ; total tres botellas, que nos vamos á meter entre pecho y espaldas en amable compañía.

— En verdad, tío Alifafes, que á medida que más os oigo más me admiro ; ¿ sabéis que habláis el francés, no como un marinero de S. M. Guillermo III, sino más bien como un marino del tiempo de Luis XIV ?

— Eso consiste en que yo soy francés en el fondo, señor.

— ¿ Cómo en el fondo ?...

— Quiero decir que mi padre era francés y mi madre danesa ; mi abuelo era francés también y mi abuela de Hamburgo. Así es que mis hijos pueden vanagloriarse de que su padre es francés y su madre... ¡ Oh ! lo que es en cuanto á su madre no me atrevo á decir lo que era ; pero por lo que toca á ellos, son verdaderos holandeses, cosa que no hubiera sucedido si yo hubiera podido cuidar de su educación ; pero como yo estaba entonces en las Indias...

— ¿ Pero, sin embargo, volveríais de cuando en cuando ? le pregunté yo riéndome.

— ¡ Cállate ! no, señor, no volvía.

— ¿ Entonces sería vuestra mujer la que iría á buscaros ?

— No y sí.

— ¡ Cómo ! ¿ sí y no ?

— He ahí precisamente el punto en que el asunto comienza á enredarse. Parece que no hace nada la distancia cuando uno tiene una mujer hechicera.

— ¿ Y bien ?

— Allá voy, allá voy ; pero antes bebamos un vaso de lo tinto. ¡ Oh ! está puro, os lo aseguro. Á vuestra salud.

— ¡ Á la vuestra, patrón !

— Pues como os decía, yo soy francés é hijo de francés, y de familia de marineros ; nací y me crié en la mar, donde, Dios mediante, pienso morir también.

— ¿ Y cómo es que con una vocación tan grande por la carrera marítima no habéis entrado en la marina real ?

— ¡ Oh ! he servido en tiempo del emperador ; pero en 1810, ¡ Dios os guarde muchos años ! me pillaron y me enviaron á Inglaterra, sin duda con el objeto de que aprendiera el inglés, el cual luego me ha servido de mucho, como veréis.

En 1814 volví aquí, donde empecé á dedicarme á toda clase de industrias, y principalmente á hacer diferentes objetos de paja, que vendía luego á las señoras inglesas que venían á visitar nuestros diques, los cuales me producían hasta trescientos y cuatrocientos florines.

Con mis ahorros compré una barca y me hice patrón, ocupándome en conducir los viajeros á Amsterdam, Purmeren, Edam y Hoorn, y demás pueblos de la costa.

Así se me pasó el tiempo desde 1815 á 1820. Tenía yo ya treinta y cinco años, y todos me preguntaban : — Pero, tío Alifafes, ¿ cuándo se casa. Vd. ? — Á lo que yo contestaba : Nunca. Yo soy un hombre marino, y no me casaré mientras no encuentre una mujer también marina. — ¿ Y por qué ese empeño de que os habéis de casar con

una mujer marina, tío Alifafes? — ¡ Toma! contestaba yo; porque las mujeres marinas tienen la ventaja de no hablar.

Debo advertiros que hace trescientos años cuentan se encontró una de estas mujeres en la playa tendida sobre la arena, la cual, dicen, aprendió á saludar y á hilar; pero nunca pudieron hacerla hablar.

— Sí, sí, ya sé. ¿ Y bien?

— Ya comprenderéis que una mujer que sabe saludar é hilar, y que no habla, es un tesoro; pero lo cierto y lo positivo en todo esto era, que yo no creía, por supuesto, en la existencia de semejantes mujeres marinas, y por consiguiente que estaba decidido á no casarme nunca.

Pero un día, era el 20 de septiembre de 1823, no se me olvidará nunca, estaba la mar revuelta y soplaban un viento Norte furioso: volvía yo de conducir un inglés á Amsterdam, cuando al pasar por entre Tidam y la isla de Marken, precisamente en el mismo sitio donde crecen esos grandes cañaverales que os he enseñado al venir, descubrimos un objeto que parecía como un animal que chapoteaba en el agua; pero como á medida que nos aproximábamos al objeto reconocíamos en él la figura, no ya de un animal, sino de una criatura humana, empezamos á gritarle: — « ¡ Esperad! ¡ valor! ¡ un esfuerzo más, que ya llegamos á vuestro socorro! » — Pero en lugar de hacernos caso el animal, la criatura ó lo que fuera, redoblaba sus movimientos. Llegamos por fin; ¿ y qué creéis que era?... una mujer que se zambullía en el agua.

Venía con nosotros formando parte de la tripulación un parisiense, hablador y bromista como él solo, el cual al verla: — ¡ Calla! ¡ Tío Alifafes, aquí tenéis ya lo que buscabais, me dijo; ya habéis encontrado la mujer marina! ¡ más á tiempo!...

Al oír esto yo debería haberme puesto en salvo como

podréis conocer; pero al contrario, más curioso que una muchacha me acerqué á ella, y en efecto, dije: es una mujer que se está ahogando; es necesario cogerla y llevarnosla en la barca.

— Pero observad que está en cueros, me dijo el parisiense.

— ¿ Y qué importa?... le repliqué, tirándome al agua al mismo tiempo y tomándola en mis brazos, precisamente en el momento en que acababa de desmayarse.

Quisimos sacarla cuanto antes de entre los cañaverales; pero no sé cómo diablo se le había enredado una pierna entre las cañas, que nos fué imposible sacarla, teniendo que cortar infinidad de aquéllas para conseguirlo.

En seguida la colocamos con mucho cuidado dentro de la barca, la arropamos bien con nuestras mantas, y pusimos la proa para Monnikendam.

Todos nos presumimos desde luego que había naufragado algún buque por aquellos alrededores, y que aquella pobre mujer habría sido echada á la playa por el oleaje, amparándose y defendiéndose de la muerte entre las cañas.

Solo el parisiense era el que dudaba de nuestras suposiciones, sosteniendo que aquella mujer no era tal mujer, como nosotros suponíamos malamente, sino una nereida; y diciendo esto levantó una punta de la manta que la cubría mirándola como para rectificarse.

Acerquéme entonces para verla, y me encontré con una hermosa criatura como de veinte á veintidós años á lo más, de blanco y torneado cuello, bellos brazos y hermoso pelo de color verdoso, que contrastaba agradablemente con el blanco nacarado de su rostro.

Mientras yo la estaba mirando abrió un ojo, y vi que era también de color verdoso; sin embargo, no por eso era menos expresivo y hermoso: entonces dejé caer la

29989

punta de la manta pidiéndole perdonara mi indiscreción, y diciéndole que en cuanto llegásemos á Monnikendam pediría prestado su más lujoso vestido á la hija del burgomaestre Vanelief, para que se vistiera interin se le hacia uno.

Nada me respondió, lo cual creí sería por vergüenza, é hice seña á los otros para que no le dijeran nada, mandándoles que remasen mucho y aprisa, cuando de repente se levanta, arroja de sí las mantas que la cubrían y se lanza hacia proa como para tirarse al agua. ¡Insensato de mí, que no la dejé hacer!

— ¡Ah! ¿conque la detuvisteis?

— Sí, señor, la detuve, agarrándola por sus verdes cabellos; pero entonces pasó una cosa que debió haberme abierto los ojos para lo sucesivo, y es: que sola y todo como era, estuvo á punto de emprenderla con los seis hombres que íbamos en el barco, y el parisiense, entre otros, se ganó una puñada en un ojo... que vió, no digo yo las estrellas, sino todo el sistema planetario y cien lucecitas más.

Yo me presumí que estaría loca, cuando se comportaba de aquella manera con nosotros, que la habíamos salvado de una muerte cierta, y cogiéndola entre mis brazos por la mitad del cuerpo, y á pesar de tener la piel resbaladiza como la de una angustiada, conseguí contenerla, mientras mis compañeros la ataban de pies y manos.

En cuanto se vió atada, cesó aquel furioso escarceo, limitándose á dar algunos gemidos y á verter algunas lágrimas, quedándose luego en la más completa tranquilidad.

Todos nosotros, unos más, otros menos, habíamos sacado del combate, quién un bofetón, quién un arañazo; pero principalmente el parisiense, el pobre no dejaba de bañarse su ojo de cinco en cinco minutos con agua de la mar.

Últimamente llegamos, y todo el pueblo corrió á nosotros en cuanto se esparció la noticia del hallazgo que habíamos hecho. En seguida la llevamos á casa, é hice que la hija del burgomaestre Vanelief dispusiese uno de sus vestidos á la náufraga; ¿qué queréis? cuando uno no sabe, es como si no viese. La hija del burgomaestre vino al momento con el vestido, y sin duda la otra debió tomarla por una criatura de su especie, porque hizo señas á la joven para que le desatase las manos, lo cual verificado por aquélla, empezó á mirarla con curiosidad tocando y levantando sus ropas como para cerciorarse de si pertenecian ó no á su mismo cuerpo, á todo lo cual se prestó la hija del burgomaestre con la mayor complacencia, mostrándole la diferencia que había entre su vestido y su cutis, y desnudándose y vistiéndose sucesivamente para patentizarle la semejanza que existía entre ambas estando desnudas, y la gran diferencia que había de una á otra estando vestidas.

¡Oh! desde entonces me convencí que la coquetería es una de las cualidades inherentes á la naturaleza de la mujer, ya sea salvaje ó civilizada. Al menos ésta, en vez de huir y de llorar, se entretenía examinando los trajes y adornos dorados del tocado de la joven, indicando luego que queria vestirse del mismo modo: ya veis que en toda su vida había visto á una mujer ponerse y quitarse aquellos adornos; pues sin embargo se vistió con la misma facilidad y prontitud que si en toda su vida hubiera hecho otra cosa, y en cuanto acabó pidió agua para mirarse en ella, y entonces la hija del burgomaestre le presentó un espejo; al mirarse dió un grito de sorpresa y se puso á reir como una loca.

En aquel momento fué cuando entró el señor cura y la bautizó; pero cuando intentó quitarle el casquete de la cabeza, faltó poco para que le sacara los ojos, costando mucho trabajo á su joven compañera convencerla de que

se le quitaba solo por un instante, volviéndoselo á colocar ella misma sin que nadie la ayudase tan luego como el cura se fué.

Yo estaba deseando verla, y no pudiendo resistir por más tiempo á mi impaciencia, subí la escalera y pregunté desde fuera si podría entrar, á lo que me contestó la hija del burgomaestre abriéndome la puerta; mis cinco compañeros subieron detrás de mí, viniendo entre ellos el parisiense con una compresa mojada de agua de la mar puesta en el ojo.

En el momento que nos pusimos en comunicación con los de adentro, empecé á buscar por todo el cuarto á la mujer marina; pero ¿cómo había de reconocerla si estaba convertida en una hermosa frisona, sin otra diferencia que tenía los cabellos verdes? Pero lejos de perjudicarle este color, la favorecía, porque ya sabéis que el verde y el oro van muy bien uno á otro.

Al entrar me hizo la hija del burgomaestre una gran reverencia. Entonces la mujer marina miró á su nueva amiga é hizo otro tanto. Para que veáis lo que es la mujer, señor: ¡qué ser tan hipócrita! No hacia más que dos horas que había hecho conocimiento con dos criaturas humanas, y ya lloraba, se reía, se miraba al espejo, y saludaba con la mayor coquetería. ¡Oh! bien debieran haberme ilustrado estos antecedentes para el porvenir; pero ¡cómo ha de ser! Lo que está escrito ha de suceder.

Después de saludarla empezamos nuestra conversación por señas: le pregunté primero si tenía hambre, porque ya sabía yo que á los animales se les atrae por la manducatoria, y ¿qué queréis que os diga? Aunque no fuese más que por mera curiosidad, empecé á hacer de modo que aquella mujer me amase. Contestó á mi pregunta afirmativamente, y entonces mandé que le trajeran melones, agua, uvas, peras, y cuantas clases de frutas había en la plaza.

Ella conocía perfectamente todos aquellos productos de la tierra: así que en cuanto los vió se tiró á ellos con avidez y se los comió; pero cuando acabó quiso comerse el plato también, costando un triunfo persuadirla de que aquello no se comía.

El cura que la bautizó, como ya os he dicho, hizo una de las suyas, explicando á la hija del burgomaestre como aquella mujer no era tal mujer, sino una mujer marina, ó fuera una especie de pescado que efectivamente se parecía demasiado á una mujer humana para poder permanecer en casa de un mozo soltero, resultando de aquí que así que concluyó de comer vino el burgomaestre, acompañado de su mujer y de otra hija, y se la llevaron á su casa.

Las dos nuevas amigas se marcharon del brazo, y con la misma familiaridad que si se hubieran conocido desde niñas, con la sola particularidad que la mujer marina llevaba los pies desnudos, no porque no le estuviesen buenos los zapatos que se le dieron, al contrario; sino porque el calzado le repugnaba, siendo una de las cosas á que más trabajo le costó acostumbrarse.

Al llegar á la puerta de la casa echó una mirada hacia la mar, como con deseos de irse á habitar otra vez su antiguo domicilio; pero en primer lugar había que atravesar todo el pueblo, cuyas calles estaban llenas de curiosos; por otra parte, ¿y si se manchaba sus vestidos?... La nueva frisona hizo un movimiento con la cabeza, como desentendiéndose de aquella idea, y siguió tranquilamente su camino hacia la casa del burgomaestre, seguida de todo el pueblo de Monnikendam, que gritaba: *la buchold, la buchold*; voz que en patuá quiere decir *la hija del agua*; nombre que conservó siempre, no teniendo ningún otro de familia que poder adoptar.

Ya os he dicho que yo había jurado no casarme nunca sino con una mujer marina; y como todos mis camara-

das y amigos vieses relizados mis deseos, hasta bebieron aquella misma tarde brindando por mi próximo enlace con la Buchold; en efecto, además de llenar la cualidad indispensable para mí, la muchacha era guapa, joven, y me había mirado con sus verdosos ojos de una manera tal, que no me había disgustado; además no hablaba... y en vez de rehusar el brindis á mis compañeros, lo acepté y bebí con ellos.

Tres meses después la mujer marina sabía hacer ya todo lo que otra mujer cualquiera menos hablar; y en cuanto á su físico, bien podía asegurarse era una de las caras más hermosas que podían encontrarse, no digo yo en Holanda, sino en toda la Frisa; ella me recibía bien, y yo por mi parte me enamoré como un bruto: además, nadie más que yo tenía derecho sobre ella, puesto que yo era el que me la había encontrado; no teniendo que temer tampoco la oposición de su familia y parientes, pues carecía absolutamente de unos y otros, ó eran de tal condición que no era posible encontrarlos en la vida: salvos, pues, estos inconvenientes y dueño absoluto de mi voluntad, me casé con ella.

El acto se verificó en la alcaldía, tomando ella el nombre de María la Buchold, nombre que el cura juzgó á propósito ponerle cuando la bautizó.

Después de la boda di un gran baile y una comida en que la nueva María hizo los honores á todo el mundo con la mayor gracia y donaire, comiendo, bebiendo y bailando como otra mujer cualquiera, pero sin hablar palabra.

Al verla tan bonita, tan graciosa y tan callada, todos los convidados decían: ¡Qué feliz, qué dichoso es ese diablo de Alifafes!

Á las doce despedí á toda mi sociedad, que se retiró repitiendo siempre las mismas palabras.

Al otro día de casado me desperté á eso de las diez de la mañana: al abrir los ojos ví que mi mujer se había

despertado ya, viéndome dormir de una manera tan particular, que la verdad, no me gustó su mirada ni la expresión de su rostro, en el que creí encontrar cierta rufianidad de mal agüero que me estremeció; pero tan luego como hubo reparado que yo la observaba, su cara volvió á recobrar su natural expresión, y ni me volví á acordar de lo pasado.

— Buenos días, mujercita mía, le dije.

— Muy buenos, maridito mío, me contestó.

Al oír hablar á mi mujer la sangre se me subió á la cabeza; un copioso sudor bañó mi frente, y lancé un grito involuntario de desesperación.

No parecía sino que el santo sacramento del matrimonio había roto la mordaza que le trataba antes la lengua.

Esto tenía lugar el 22 de diciembre de 1823.

— Á vuestra salud, señor, díjome el tío Alifafes, tirándose al cuerpo otro vaso de vino tinto, é invitándonos á Biard y á mí para que hiciéramos lo mismo; y si sois soltero no os caséis nunca con una mujer marina, añadió apurando el vaso.

Después pasóse la mano por los labios como para enjuagárselos, y continuó:

XV

Los matrimonios del tío Alifafes

SEGUNDO CASAMIENTO DEL MISMO

Sin embargo, como quiera que la facultad de hablar no había variado en nada á mi mujer, y por el contrario la aprovechaba para decirme siempre finezas, me consolé y me conformé al fin con ella.